

Enrique Figuerola y Bob Hayes.

Autor: Lic. Juan Antonio Martínez de Osaba y Goenaga.

En todas las facetas de la vida hay fundadores, gente que se echa encima lo que otros no vieron o no supieron, o no quisieron ver. La historia los presenta como elegidos. Son los que trascienden, marcan hitos, sobreviven generaciones y siempre dan luz.

Correspondió al cubano Enrique Figuerola el honor de ser la expresión de un movimiento deportivo insólito para una nación pobre que pretendía entrar al mundo olímpico, reservado de forma casi absoluta para países y hombres ricos. Enrique fue heredero legítimo -aunque en diferentes deportes- de Ramón Fonst, Manuel Dionisio Díaz y Carlos de Cárdenas –padre e hijo. A ellos se reducían los logros cubanos en Juegos de las Olimpiadas.

Clasificó relativamente fácil para la final de los 100 metros planos en México 68. Allí estuvo, dueño de técnica depurada, especialmente en la arrancada, a pesar de sus cortas extremidades, con la experiencia de su cuarto lugar en Roma 1960, donde dejó boquiabiertos a muchos entendidos.

En la final azteca de los 100 metros planos se enfrentaron, más que dos colosos del evento rey de la velocidad, dos filosofías de vida, dos concepciones opuestas, uno oteando el futuro y el otro elevando su pueblo al infinito.

Bob Hayes, norteamericano alto y fuerte, de extremidades envidiables para la distancia según los especialistas, con un somatotipo perfecto, fue el principal rival de Figuerola. El cubano lo sabía, estaba seguro de que si lograba relegar al estadounidense sería campeón olímpico.

Sonó el disparo y el nuestro salió delante con arrancada perfecta, avanzó por casi 50 metros en el primer lugar. A esa distancia comenzó a escuchar zancadas que se acercaban. Puso el extra, con el corazón, con toda su vida, pero aquel hombre lo fue dejando atrás. Era inevitable. Bob Hayes fue invencible, un verdadero extractase de la velocidad. Figuerola llegó en el segundo lugar; una heroicidad. Pasó a la historia como el primer medallista del deporte revolucionario cubano.

Aunque se especula, no pocos especialistas aseguran que Hayes, con la técnica actual y la calidad de las pistas, hubiera implantado un récord todavía vigente.

Las dos filosofías jugaron su papel. Figuerola fue y es digno de su pueblo.

Llegó a ser un importante federativo del deporte cubano y es nuestra gloria. La suerte de Bob Hayes no fue igual. Era un hombre bueno. Pero el joven que impuso por primera vez en la historia olímpica el récord de 10 flat se convirtió en jugador profesional de fútbol norteamericano. Sus fabulosas piernas entraron en subasta y las ganó el mejor postor. Se destacó, pero a la hora del retiro cayó preso por consumir cocaína.

A Figuerola el deporte olímpico lo hizo crecer. A Bob Hayes solo le dio fama y efímera fortuna. El deporte perdió al atleta y la sociedad puso en peligro un hombre bueno.